

ARACELI ALMARAZ ALVARADO y ANA CAROLINA IBARRA (coords.),
Mujeres: aportes a la historia, el arte y otras ciencias sociales, México,
Academia Mexicana de la Historia, 2024, 308 pp. ISBN 978-607-
95480-7-0

Entre los múltiples efectos del reciente impulso del movimiento feminista –uno de cuyos epicentros han sido los espacios universitarios latinoamericanos– destacan las nuevas demandas de memoria. Diversas instituciones se han visto interpeladas a generar narrativas que reflejen los cambios significativos en su composición y actualicen, con una relectura de su pasado, sus relatos identitarios. Es comprensible que el gremio de profesionales dedicados a la historia –conscientes, en principio, del valor social y político del conocimiento histórico– se vea particularmente interpelado por esta reivindicación, que conjuga un gesto político de reparación con un esfuerzo analítico de reinterpretación. En este contexto, es de celebrarse la publicación por parte de la Academia Mexicana de la Historia (AMH) de la obra *Mujeres: aportes a la historia, el arte y otras ciencias sociales*, coordinada por las historiadoras Araceli Almaraz y Ana Carolina Ibarra.

El libro se compone de una introducción y 14 ensayos dedicados a mujeres destacadas que realizaron contribuciones relevantes a las humanidades y las ciencias sociales –en particular, a la historia y disciplinas afines– durante el siglo xx en México: las arqueólogas Eulalia Guzmán y Antonieta Espejo; la periodista Gertrude Duby; las historiadoras Clementina Díaz y de Ovando, Josefina Muriel, Elisa Vargaslugo, Berta Ulloa, Ida Rodríguez Prampolini, Beatriz de la Fuente, Alicia Olivera, Sonia Lombardo, Teresa del Conde, Carmen Castañeda, y la antropóloga y etnohistoriadora Raquel Padilla. Esta publicación se deriva de ciclos de conferencias organizados por las coordinadoras en la AMH durante 2022 y 2023; los ensayos, derivados de esas ponencias, están escritos por especialistas que realizan valoraciones sobre las trayectorias en un lenguaje accesible.

Como sucede con otras obras semejantes, el núcleo metodológico de este proyecto colectivo está en los criterios empleados para seleccionar

tanto a las mujeres estudiadas como a quienes escribirían sobre ellas. Los criterios más relevantes se explicitan en la introducción por parte de las coordinadoras, y otros más se deducen con claridad. Entre ellos, se puede mencionar que la mayoría de las mujeres aquí estudiadas hayan tenido una vinculación con el campo de la historia y disciplinas adyacentes, que hubiesen fallecido al momento de realizarse los ciclos y que fueran mexicanas por nacimiento o naturalización. En palabras de las coordinadoras, se eligieron “mujeres talentosas, que no pasaron inadvertidas” (p. 7), un criterio importante, también usado en otros proyectos de biografías de mujeres, que permite poner complejizar el propósito de visibilizar a las mujeres en la historia, al poner el foco más bien en su borramiento en las narrativas. También se buscó incluir trayectorias generacionalmente diversas, permitiendo cubrir un amplio espectro temporal desde los últimos años del porfiriato hasta la segunda década del siglo xxi. Además, se evidencia un particular interés por registrar a las pioneras: aquellas mujeres que fueron las primeras en encabezar o integrar instituciones, o bien en explorar nuevos temas o áreas de estudio. Respecto a quienes escribieron estos textos, la mayoría comparte el campo profesional con la mujer estudiada y mantiene con ella vínculos personales o profesionales: relaciones de discipulado, amistad, colegas cercanas o décadas dedicadas a su estudio. Destaca aquí particularmente la coautoría de la historiadora Raquel Torúa Padilla en el ensayo sobre Raquel Padilla, su madre, cuya floreciente carrera académica fue segada por la violencia feminicida. Como advierten las autoras y autores, no se trata estrictamente de semblanzas biográficas, sino de ensayos que exploran episodios significativos de la vida o de la producción intelectual.

El libro podría leerse como una historia de familia, puesto que no pocas de las académicas estudiadas, así como varias de las autoras, mantienen algún vínculo con la AMH. Y es precisamente ese tono íntimo de homenaje a las antecesoras intelectuales relevante porque se trata de un ejercicio de genealogía feminista que corresponde al proceso de renovación institucional de la AMH. Aunque no se explicita en la introducción, Almaraz presentó en una sesión inaugural datos que muestran el aumento de la participación de mujeres en distintos niveles de la AMH, especialmente en las últimas dos décadas.

Ciertamente, el valor de la obra radica en los méritos de cada ensayo, escritos por especialistas en el campo profesional de la mujer biografiada, y que, en varios casos, incorporan fuentes inéditas sobre su trayectoria. Sin embargo, el libro adquiere también sentido como una biografía colectiva de historiadoras mexicanas. A través de 24 trayectorias se reconstruye una historia de la educación y la investigación en ciencias sociales y humanidades en México, marcada por el tránsito de un quehacer historiográfico artesanal –sostenido por polígrafos y autodidactas– hacia un campo académico profesionalizado, con metodologías especializadas e instituciones consolidadas. Los ensayos delinear también una historia social y política del siglo xx, atravesada por el nacionalismo revolucionario y sus discursos identitarios –no es casual que el caso Ichcateopan y la disputa sobre los restos de Cuauhtémoc aparezca en cuatro textos–, y muestran cómo estas narrativas influyeron en las preocupaciones sobre el pasado, la memoria y el patrimonio. Estas preocupaciones, compartidas por el sector universitario e intelectual de la clase media beneficiada de la inversión en educación, atraviesan las investigaciones de muchas de las protagonistas, animadas por la búsqueda de comprender la identidad mexicana, según se desprende de los ensayos.

Mujeres... destaca no sólo por su valor reivindicativo, sino por la amplitud de temas y líneas de análisis que abre para futuras investigaciones. Aunque no es su objetivo principal, permite identificar con claridad las dinámicas de género y las desigualdades estructurales que atraviesan las trayectorias presentadas. Al avanzar por las páginas, uno de los problemas más relevantes que cobra forma en las distintas trayectorias es la conciliación entre las responsabilidades de cuidado –socialmente asignadas a las mujeres– y su desarrollo profesional y académico. Las decisiones personales respecto al matrimonio y maternidad de las 14 mujeres estudiadas, por ejemplo, constituyen vías importantes para explorar estas tensiones. Esto va desde el cambio o conservación de apellidos en relación con el matrimonio, hasta las cargas desiguales en términos de responsabilidades de cuidado, que se traducen en costos personales y profesionales específicos, tales como la sobrecarga laboral. El impacto de la clase social, los recursos intelectuales y afectivos, así como las redes de apoyo, permitieron a

algunas de ellas gestionar con mayor facilidad estas tensiones, según se desprende de la visión de conjunto de las trayectorias.

Las diversas formas de violencia y desigualdad experimentadas por las 14 mujeres retratadas en la obra pueden percibirse de manera directa o indirecta. Desde el feminicidio de Padilla, manifestación extrema de la violencia contra las mujeres, hasta las anécdotas de personas dirigiéndose al esposo a pesar de que ellas eran las especialistas, pasando por el menosprecio hacia los temas de investigación que elegían, fueran los conventos de monjas estudiados por Muriel o los cristeros investigados por Olivera. Fue precisamente la audacia de estudiar temas que no iban a “interesar a absolutamente nadie”, como dijeron a Muriel, lo que las hizo pioneras y referentes en esos campos. Otra manifestación de estas dinámicas es la frecuente humildad al presentar hallazgos y contribuciones propias, cediendo mérito y protagonismo a mentores y colegas, como ocurrió con Espejo respecto al proyecto de Tlatelolco, o viendo su prestigio comprometido por presiones políticas, como en el caso de Eulalia Gutiérrez.

Desde una lectura atenta a las desigualdades de género, y considerando que la obra también traza –aunque de forma indirecta– la evolución de la historia como disciplina profesional, resulta revelador observar la feminización y masculinización de distintos campos historiográficos. Esta perspectiva permite entender la alta presencia en estas trayectorias de las historias del arte, literatura y educación, áreas tradicionalmente asociadas a las mujeres por el vínculo convencional que se establece entre lo femenino y la sensibilidad estética, el cuidado y la crianza, así como las dificultades particulares que enfrentaron quienes incursionaron en campos historiográficos alejados de estas convenciones, como las historias diplomática, militar y política. Lejos de sugerir que algunos campos sean más valiosos que otros, considero que el caleidoscopio generacional de las trayectorias de *Mujeres...* ofrece insumos importantes para reflexionar sobre cómo las representaciones y estereotipos de género han influido en la distribución de especialidades dentro del quehacer historiográfico en México.

De manera significativa, el libro evidencia cómo las cualidades asociadas tradicionalmente con la maternidad –como el cuidado y la entrega– se trasladan muchas veces al ámbito profesional de las mujeres, independientemente de su estado civil o familiar, traducándose en

una sobrecarga docente, tutorial y hasta administrativa. Estas labores, aunque con frecuencia encomiadas por su generosidad, limitaron inevitablemente su producción académica individual, lo que otorga aún mayor relevancia a las aportaciones significativas que lograron concretar en sus publicaciones.

En este sentido, varias de las académicas retratadas en *Mujeres...* desempeñaron un papel fundamental en la creación, organización y dirección de archivos, bibliotecas y repositorios, así como en la recopilación y puesta a disposición de fuentes primarias. Este esfuerzo dedicado a la preservación quizá pueda leerse también como una forma de responsabilidad de género: una tarea de cuidado, transmisión y resguardo de la memoria colectiva, a menudo realizada a costa del tiempo destinado a sus propias investigaciones. Los ensayos del volumen ofrecen un panorama amplio de estas labores en distintas escalas: desde la fundación del Archivo y Biblioteca de Reynosa por Espejo, hasta la dirección del archivo del Colegio de Vizcaínas por Muriel, la fototeca del IIE por Vargaslugo, el Centro de Documentación del Museo Nacional de Historia por Ulloa, y los archivos de la Ciudad de México y de Jalisco por Lombardo y Castañeda, respectivamente. Quizá también así podemos comprender el esfuerzo y tiempo dedicado a generar nuevas fuentes primarias a partir de los testimonios en iniciativas como las entrevistas a mujeres zapatistas de Duby, los proyectos pioneros de historia oral de Olivera, los trabajos de Padilla con el pueblo yoeme, o los valiosos anexos documentales publicados por académicas como Ulloa, Díaz y De Ovando, así como el interés y la dedicación de varias de ellas por la preservación del patrimonio cultural material. Como señala Josefina Mac Gregor en su ensayo sobre Ulloa, estas labores, fundamentales para el quehacer histórico, suelen ser subestimadas por las nuevas generaciones a pesar del enorme impacto colectivo que tienen al poner a disposición insumos indispensables para la investigación histórica de otras personas. Su escaso reconocimiento revela otra manifestación de las desigualdades de género en la academia, y *Mujeres...* ofrece ejemplos empíricos contundentes de ello.

Las desigualdades de género en el trabajo académico son sólo una de las muchas vetas que abre esta valiosa obra coordinada por Almaraz e Ibarra, junto con sus 16 autoras y autores. Muchas investigaciones se

RESEÑAS

podrán desprender a partir de este esfuerzo colectivo por documentar, analizar y valorar las trayectorias de mujeres tan diversas, pero todas con contribuciones relevantes para las humanidades y ciencias sociales en nuestro país. Es feliz signo de los tiempos el esfuerzo de renovación de la Academia Mexicana de la Historia, institución de referencia para quienes nos dedicamos profesionalmente a investigar y escribir historia, y resulta significativo que lo haga mediante una apuesta genealógica como *Mujeres...* que, como señalan las coordinadoras, reconoce tanto a quienes formaron parte de la corporación como a aquellas que, sin haber sido integrantes, indudablemente lo merecían.

Saúl Espino Armendáriz

El Colegio de México